

## RUINAS EN LAS ESTEPAS DE ENOCH

Camino de Enoch, la ciudad que fundara Caín, aparecían, entre los pedregales abiertos por la sazón del tiempo, anémonas de bosque tardío que junto a la hiedra perezosa llenaban, los huecos del mampuesto mineralizados por la acción del viento, también se podían contemplar algunas campanillas de la temprana primavera, y hacia el mediodía musgos y fresas silvestres describían un tímido tapiz erizado por el cierzo de poniente, surcado a veces por negros vencejos en busca de algún botín perdido en los anales de la memoria de los tiempos.

Lo que allí se podía contemplar eran las imaginarias ruinas de una supuesta arquitectura protectora, donde Caín debió cobijarse los días anteriores a que fundara la ciudad que llevaría el nombre de su hijo Enoch, ruinas que apenas se recuerdan por ser recinto proyectado como fortín o blocao, torpe construcción de escasa y reducida belleza para defenderse de la soledad de la culpa.

La casa de Caín en las estepas de Enoch viene a ser el «blocao» iniciático, construido según las escalas de protección y las necesidades de su nueva vida, ruinas imaginarias que apenas esbozan diseño alguno. Su planta obedece a la

alegoría de la tumba en donde a veces se alarga como laberinto y refugio para la vida, si el azar así lo destina.

Blocao: su originaria traza podía estar ligada al mito de la reconciliación entre cielo y tierra, mito y mitos afines a edificar un recinto donde poder arrojar la inseguridad de la existencia. Opus marginal de torpe y escueta geometría, arquitectura equívoca que no impone obligación alguna a sus herméticas construcciones, pues su finalidad última es la de ser un espacio en tránsito para el desarrollo de la batalla y los rasgos desolados de la muerte, a los que presta la técnica del arcaico oficio de levantar sus fábricas desde la inclinación más pragmática y alejada del quehacer artístico.

Blocao: espacio de formas y funciones que configuran el proyecto dependiente de las estrategias que planifica la industria bélica de la muerte, requerida por la técnica de la guerra, su única razón de ser. Vacíos de una geografía destinada a ser «fortaleza heroica» en el imaginario del combatiente o trama proyectada para la defensa militar desde «las demostraciones de los matemáticos, a las observaciones de los físicos y las luces de los filósofos».

Blocao: fortín de silencios prolongados que abriga entre sus ciclópeos muros potencia y seguridad, refugio primario de unos lugares donde albergar el miedo, recintos de madriguera entre el defensor y el atacante; ruinas de fuego aún en rescoldos mantenidos por la lluvia del dolor, cesando por ello de afirmarse como lo «edificatorio abominable para pasar a ser —como escribe el autor— sólo un signo más ininteligible, vuelto súbitamente arcaico, de imposible actualizar en los vastos registros generales de la historia de la arquitectura».

Blocao: dilatada historia de plantas, secciones, laberintos y trincheras delineadas según los saberes destructi-

vos de la máquina bélica, cajas vacías sin ninguna elocuencia formal, donde tal vez se llegó a pactar el trueque entre la vida y la muerte.

Blocao: objeto abandonado; hoy lo podemos contemplar como herencia de la antigua estirpe guerrera, «cuando ya ha dado el trascendental paso a su fase melancólica, una vez que ha dejado de representar, como se ha denominado, la pura materialización del mal».

Fernando Rodríguez de la Flor nos ofrece en el presente libro, *Blocao. Arquitecturas de la era de la violencia*, un excursus bibliográfico, bello, breve, pero descriptivo, situado en el dominio verbo-visual que caracteriza algunos de sus trabajos anteriores.

Atento filólogo y descubridor incansable de espacios ya enterrados en viejas arqueologías de la ruina, recorre en este caso bastiones de estas arquitecturas de la violencia, donde se cobijan bajo el luminoso acontecer de la palabra los quejidos del dolor o el drama del asedio; fortificaciones que se inmolaron en el triunfo, casas-fuertes en donde «pocos hombres podían defenderse de muchos»; atrios de fuego en los que aún permanecen los testigos oxidados del arte de construir las obras para la defensa militar y donde quedan ya ocultas las escalas del lugar, sus ritmos y secuencias, las cotas dominantes de los fortines o los innumerables artefactos que constituyeron en su día diseños del camuflaje, todo ello transformado por el tiempo en montículos escarpados. Topografía y topología de lo que fueron informes lugares y espacios de la violencia compartida.

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA